

Fecha 08.05.2009	Sección Opinión	Página 2
---------------------	--------------------	-------------



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

Bajo la influenza: ¿Por qué los muertos?

La pregunta que sigue pendiente es por qué una epidemia tan contagiosa como la del H1N1, pero de un virus tan benigno, ha tenido tantos muertos en México y prácticamente ninguno en otros sitios.

La respuesta del secretario de Salud ha sido hasta ahora: porque los enfermos que murieron llegaron tarde a los centros de salud cuando había poco que hacer por ellos.

La pregunta a esa respuesta es por qué llegaron tarde. Una respuesta general, pero penetrante fue ensayada por el corresponsal de *El País* en México, Pablo Ordaz: por los hábitos de los mexicanos ante la enfermedad.

Es decir, porque nadie va al médico en México, y en particular la gente pobre, prefiere aguantar que reconocer la enfermedad.

"Nadie va al médico a las primeras de cambio. Y, desde luego, nadie va al médico por una gripe más o menos fuerte. Ir al médico supone casi siempre una pérdida considerable de tiempo y de dinero" (*El País* 3/5/09).

La observación alude por igual a un hábito y a una desconfianza: el hábito muy mexicano de no ir al médico sino en un grito y la desconfianza de los mexicanos sobre las calidad o la eficacia de sus médicos y de su sistema de salud, a lo que hay que agregar el hábito paralelo de la automedicación y el pobre control médico de lo que se vende

en las farmacias.

Difícil decir si la desconfianza creó los hábitos o los hábitos la desconfianza, pero ambos caracterizan las actitudes mexicanas ante la enfermedad, las medicinas, los médicos y el sistema de salud pública.

La queja por la baja calidad de las instituciones de salud se oye en cada usuario. Es un hecho que nadie en México acude al centro de salud pública sino cuando la

enfermedad lo obliga y no puede pagar la consulta privada.

No sé si hay una encuesta sobre las actitudes de los usuarios ante la enfermedad y los servicios de salud. O una valoración de la calidad de esos servicios con arreglo a normas internacionales, como existen para la educación.

Sabemos que en el sistema público de salud conviven las más altas calidades de la medicina del país y las carencias más agudas.

La influenza que nos ha encerrado en nuestras casas debiera dar paso a una evaluación exigente de nuestros hábitos médicos y nuestras instituciones de salud.

Es posible que una perniciosa combinación de automedicación y desconfianza esté produciendo cada año muchas más muertes curables de las que ha producido hasta ahora la pandemia porcina. ■M

acamin@milenio.com

